



por Fernando Tola de Habich

HACE pocos días, en medio de este sofocante calor de Barcelona, llegaron a mis manos, por gentileza de esos pocos y extraños amigos para los que "la distancia (no) es un olvido", unos recortes de diarios, revistas, pancartas y boletines limeños. Había de todo y se podía, con facilidad, tomar el pulso de Lima.

De entre lo leído, quedaron dando vueltas en mi cabeza unas ideas expuestas por el crítico Juan Acha en un diálogo que tuviera con Augusto Ortiz de Zevallos en el IAC, sobre un tema para mí muy querido y que, en buena cuenta, sirvió como marco para que se hablara de vanguardia.

¿Vanguardia? Curiosa palabra para indicar lo que está más allá del uso actual; lo que señala un camino que contemporáneamente sólo se vislumbra y que algunos elegidos a veces aciertan a encontrar. Pero, también, palabra que sirve de sustento a tantas confusiones y cinismos desvergonzados.

Por una posición subjetiva, creo, al igual que Juan Acha, que todo joven tiene, casi, la obligación de ser un creador de vanguardia. Pienso, casi igual que Juan Acha, que en toda creación artística debe buscarse el valor cultural junto al estético. Pero estoy seguro, y aquí ya discrepo de Juan Acha, que no puede utilizarse la vanguardia como exclusivo patrón crítico para valorizar la producción artística. Porque, al fin y al cabo, ¿qué cosa es la vanguardia?

PARA comenzar a entendernos, es conveniente decir, siguiendo a Eduardo Sanguinetti que "en la obra de vanguardia la garantía estética del producto pretende ser, en primer lugar, la ausencia de toda relación formal (o la mayor ausencia posible) con los productos admitidos en el mercado contemporáneo".

Esto ha llevado, volviendo a confusiones y cinismos desvergonzados, a que muchas veces se pase por vanguardia aquello que solamente implica una falta, no digamos de inocencia, sino sólo de honradez del artista.

El rechazo original que implicaría la obra de vanguardia para aquello que la sociedad ha establecido, incluso en la creación artística, se ve superado por la fórmula clave que consistiría en rechazar para ser aceptado. De ahí a la renovación o innovación gratuita, hay un paso demasiado pequeño para que sea necesario anunciarlo. De ahí al reemplazo de la búsqueda estética por la comercialización, etcétera.

Sin embargo, la tarea de los buenos críticos consiste en saber descubrir aquello que, entre todo lo presentado como vanguardia, reúne verdaderamente los requisitos para serlo de manera cabal. Y esta es una tarea harto difícil, más aún poniéndose en el plano de buscar un valor cultural, ya no estético o artístico, a la obra.

SUCEDE, como decía Roland Barthes (y perdónesenos esta pseudo pedantería de citas), que por lo general y de una manera mayoritaria, la protesta que implica la vanguardia contra lo instituido, "nunca ha sido más que una procuración: la burguesía delegaba en algunos de sus creadores misiones de subversión formal, sin que ello significase romper verdaderamente con ellos; en resumidas cuentas, ¿acaso no es ella misma la que dispensa al arte de vanguardia el moderado apoyo de su público, es decir, de su dinero?"

De todas maneras, aún el crítico sagaz puede hallar lo que es sinceramente de vanguardia y mezclarlo en un delicioso cóctel cultural, en el que también se hallen ingredientes como, para usar términos contemporáneos, el estructuralismo, Marcuse, Mc Luhan, Vietnam, la guerra del Medio Oriente, el Ulster, las sopas de pollo concentrado, Signal con Hexaclorofeno, las pruebas atómicas de Francia en el Pacífico, los tintes para el cabello de morenas que quieren ser rubias, y más.

Todo esto me parece muy bien, sobre todo por las dificultades que representa. Pero sucede, igualmente, que muy bien pueden ser de vanguardia, los trajes que usaban nuestras abuelas en los locos años

20 y los cabellos que lucían nuestros tatarabuelos cuando paseaban por las mismas calles de D'Artagnan o el Virrey Amat muy acaramelado con la Perricholi. Porque, al fin y al cabo, esta regresión también viene a significar una vanguardia.

LA creación de nueva estética contemporánea no significa únicamente la utilización del aluminio, el colocar muñecas rotas en un cuadro o quitar la presencia humana de la representación. Alguna vez hubo un reaccionario llamado Miguel Angel que, en una posición típicamente reaccionaria, creó una nueva estética volviendo desde su época a los siglos V y IV antes de Cristo para hallar en los ejemplos griegos las pautas de lo que se llamaría el Renacimiento.

Además, junto a todo esto, no debe olvidarse que la vanguardia no tiene porque necesariamente estar marcada por la experimentación en la forma. Dios nos libre de los clásicos conflictos entre forma y fondo, pero este último también tiene su palabrita que decir en lo concerniente a la vanguardia artística.

Al fin y al cabo el detectar una nueva vanguardia es algo muy confuso pero que de ninguna manera debe estar confundida con experimentación, actualidad, Marcuse y el pisco sour envasado. Vanguardia, en buena cuenta, podría ser la búsqueda de una estética nueva, de un camino nuevo para lo que se hace hoy. Pero esto no implica sólo una marcha para adelante; también puede haber su marcha atrás.

PERO más importante que todo esto junto, más aún que mis creencias subjetivas y teóricas sobre la vanguardia, el pop, los Kitsch y la televisión en colores, es que el producto artístico debe decir algo, hacer sentir algo, gustar algo, conmover algo, revelar algo, fastidiar algo, hacer dialogar algo, para que estéticamente sea valioso y culturalmente sea contemporáneo. Lo cual es volver a lo de antes, es un decir, ¿qué es la vanguardia en resumida cuenta?